

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Espacios barriales en resistencia. El caso de La Bombilla en San Miguel de Tucumán, Argentina.

Leonor Velarde Páez.

Cita:

Leonor Velarde Páez (2009). *Espacios barriales en resistencia. El caso de La Bombilla en San Miguel de Tucumán, Argentina. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/108>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Espacios barriales en resistencia

El caso de La Bombilla en San Miguel de Tucumán, Argentina

Leonor Velarde Páez

Alumna del doctorado en Ciencias Sociales

Especialidad en Geografía

Universidad Nacional de Tucumán

leovpaez@hotmail.com

leonor.velarde@gmail.com

Introducción

Es en los enclaves barriales donde la pobreza se anida, estos espacios indican la evidencia de la implementación de políticas creadas solo para favorecer a unos cuantos y excluyentes de las grandes mayorías. Sin embargo los barrios en mención, se han convertido en lugares que han resistido ante la investidura de un capitalismo que ha tenido como propósito la aniquilación de esta capa social concentrada en estas zonas; que son la expresión de una desigualdad social existente; mientras algunos tienen todo, hay otros que solo sobreviven.

Estos barrios además de estar confinados en la marginación y exclusión, existe sobre ellos un estigma como lugares peligrosos para transitar, al ser el refugios de la delincuencia que infringe y amenaza a la sociedad; esto en razón, que han construido un espacio de fortaleza con relaciones sociales diferenciadas, donde lo más importante ha sido la defensa de sus territorios y usarlos como espacios de lucha ante el despojo de derechos ciudadanos, estos núcleos al ser las mayorías representan un peligro para los grupos insaciables de poder. Bajo este tejido, se ciñe el barrio Juan XXIII, conocido como la “Bombilla” que ha resistido ante estas políticas excluyentes y hoy es

señalado como el barrio de mayor riesgo en la ciudad de San Miguel de Tucumán. Para la presente indagación se hizo un breve relevamiento para conocer las condiciones de vida y la percepción que tienen los habitantes acerca de su mismo barrio y de su ciudad.

Barrios visibles ante políticas que tratan de invisibilizarlos

Los barrios pobres o villas miserias como también suelen llamarles, son parte de la ciudad, en ellos se despliega parte de la vida cotidiana de las personas que los habitan. El barrio se relaciona con el espacio público a través de sus calles, sus veredas y sus establecimientos comerciales; por otro lado también atañe al espacio privado por ser la casa el lugar más inmediato a la calle, así las calles de los barrios se convierten en un recurso para generar vínculos con los vecinos donde el intercambio de sus acciones cotidianas y de sus problemáticas vividas los lleva a generar lazos que los identifican como piezas claves que ocupan un sitio importante dentro de un espacio urbano que es un fragmento de un gran rompecabezas llamado cosmos.

La ciudad es una abstracción al representar solo una faceta de esa gran complejidad al discernirse dentro de ella distintas simbologías, expresiones y significados que le otorgan sus habitantes. Las ciudades son contenedoras de los barrios y así también los barrios son lo que otorgan vida a la ciudad, de tal manera que el barrio es el sitio concreto donde se viven los problemas urbanos que aquejan a los seres humanos como es la escasez de infraestructura y servicios básicos, el desempleo, el hambre, la delincuencia, ignorancia; todos ellos flagelos sociales que forman parte de la pobreza y la pobreza es una característica de cualquier barrio o villa.

Es en estos enclaves barriales donde se anida la pobreza, allí es donde las políticas neoliberales han azotado con mayor crudeza, encontrando en estos asentamientos un gran número de personas que han sido desplazadas de sus derechos laborales, ante tal situación han pasado a engrosar las filas del trabajo informal, condiciones que lo obligan a enfrentar un futuro incierto y aunado a una baja escolaridad, son situaciones que los perpetúan a vivir bajo el mismo contexto de pobreza e incertidumbre, pero sin embargo, se resisten a permanecer en la invisibilidad ya que son producto del mismo sistema económico que los ha reproducido y ahora pretende encubrirlos bajo el estigma de peligro para las otras clases sociales.

América Latina es el continente que presenta la mayor desigualdad frente al mundo, en las ciudades latinoamericanas la brecha de pobreza cada día se amplía más, según Zibechi (2008) se estima que mil millones de personas viven en las barriadas periféricas de las ciudades del tercer mundo y que los pobres de las grandes ciudades del mundo trepan a dos mil millones, un tercio de la humanidad. Cifras que se verán incrementadas en los próximos años ante el inminente crecimiento urbano que

anuncia que el 70 u 80% de la población mundial habitará en las ciudades urbanas. Por consiguiente, mencionado fenómeno social provocará más aún el incremento de pobres urbanos, quienes se enfrentarán a escasas o nulas oportunidades de un empleo dentro del sector formal.

Por consiguiente, el aumento desmedido de la pobreza impulsa otros flagelos sociales, como la delincuencia, la drogadicción, prostitución, narcomenudeo, entre otros; reflejándose así, un contexto de exclusión y marginación, donde estos núcleos de pobreza solo subsisten en condiciones de sobrevivencia ante profundas condiciones de precariedad e indigencia; situaciones vividas a causa de un Estado débil que los ha llevado a la pérdida de sus derechos civiles y sociales y que ha actuado a favor de los grandes capitalistas. De tal manera que este Estado pusilánime a las políticas neoliberales, ha generado descontento y desconfianza por las instituciones que dicen ser las protectoras de los grupos vulnerables. Así también aunado a la situación de pobreza, existe el estigma que encasilla a estas capas sociales al ser señaladas como grupos resentidos a causa de sus condiciones de vida y que representan un peligro para el resto de la sociedad.

Ante tal desconfianza de unos grupos sobre los otros y del estigma fabricado como una forma de criminalizar la pobreza y así también el miedo imaginado a los barrios, todo ello son situaciones que encarnan tensión en los grupos sociales y produce antagonismo debido a esa distinción de clase y en donde los pobres son percibidos como inferiores, de tal manera que las clases acomodadas se apartan de las clases marginales, produciéndose así, un espacio urbano diferenciado, formado por pequeños archipiélagos de pobreza y riqueza. A lo sumo, esta diferenciación da como resultado una fragmentación socio espacial y una privatización del espacio urbano que se presenta con el *boom* de fraccionamientos cerrados, surgiendo estos como respuesta ante los señalamientos hacia las capas de pobreza como peligrosos.

Esta diferenciación del espacio urbano tiende a rechazar a las personas de bajos recursos de la ciudad, de tal forma que esta clase empobrecida busca sus propias formas de expresión ante ese repugno al que son sometidos, rechazo que manifiestan con actos de violencia y defienden su territorio al no permitir que otros entes lo invadan, al ser considerado como un espacio propio que les brinda identidad y no solo por el lugar físico que representa, sino también allí, se construyen los afectos; muchos de los problemas vividos son comunes entre los habitantes del barrio. El territorio es definido según Zibechi (2008) como el espacio donde se despliegan relaciones sociales diferentes a los capitalistas hegemónicos.

En este espacio urbano diferenciado ocupado por las clases más empobrecidas y en el que reside el grueso de la población, representan un peligro para estos grupos hegemónicos dueños de los grandes capitales, en razón que por un lado forman la mayoría y por otro; que han resistido a pesar

de la embestidura de las políticas neoliberales que los han llevado a tales niveles de sobrevivencia, ellos sobreviven con los salarios más precarios y trabajando generalmente dentro de la informalidad sin prestaciones que les dé certidumbre para enfrentar un futuro más promisorio, por lo tanto, sus territorios lo han convertido en lugares para resistir ante mencionadas condiciones y se convierten en espacios potenciales para construir prácticas sociales que los lleve a una emancipación que les permita exigir todo aquello de lo que han sido despojados en beneficio de un sistema capitalista movido únicamente por el interés de acumular mayor riqueza obviando todos los daños causados a la naturaleza y hacia la propia especie humana.

Los territorios en resistencia, así como los ha llamado Raúl Zibechi (2008), son controlados con planes sociales que actúan solo a manera de paliativos contra la pobreza, pero no solucionan los grandes problemas estructurales, ni resuelven la distribución de la riqueza, de tal manera que no evitan la concentración de los ingresos en pocas manos. Un contexto descrito bajo estas condiciones de profunda desigualdad social genera descontento, por lo consiguiente, en estos barrios refugio de la pobreza guardan el potencial de convertirse en el escenario de cambiar el orden social establecido; cambios que pueden darse con el surgimiento de sus voces asilenciadas que anuncien su identidad de lucha y se apropien de los espacios públicos como la calle, la vereda, la escuela barrial, el parque, la plaza, donde puedan pronunciarse por el respeto a su dignidad humana y que puedan exigir que sus demandas ciudadanas sean atendidas.

El uso de estos espacios públicos representa un arma poderosa de los pobres marginales que pueden utilizarlos para visibilizarse ante un sistema que los confina en la exclusión social y que los estigmatiza por su condición de pobres, después de ser el mismo quien los reproduce al implementar políticas neoliberales que actúan solo a favor de intereses de grandes capitalistas. De ahí el interés por mantener el control y dominación sobre estos grupos por medio de planes sociales focalizados y así también la criminalización de la pobreza. Esto en razón que los habitantes de los barrios cuentan con estos recursos y como se dijo anteriormente, al ser la mayoría se constituyen en un peligro eminente para la clase poderosa, en razón a ello solo actúan otorgando paliativos a través de los planes sociales focalizados y asimismo criminalizan cualquier acto de subversión en los espacios públicos, al ser estos, los lugares para establecer el diálogo que posibilite cambiar el *statu quo* impuesto y estos sectores logren transformaciones reales rescatando su dignidad como especie humana.

Bajo la sombra del estigma se ciñe el barrio Juan XXIII

Dentro de estos territorios barriales ceñidos en la pobreza, se encuentra el barrio Juan XXIII, asentamiento urbano que forma parte de la ciudad San Miguel de Tucumán y es conocido comúnmente y de manera peyorativa como “barrio la bombilla”, así es, este sinónimo es utilizado de manera despectiva para expresar el estigma que se tiene como lugar peligroso, de tal manera que con el solo hecho de mencionar “la bombilla” es sinónimo de delincuencia para los tucumanos. Este apodo impuesto al barrio Juan XXIII es también un acto de violencia y agresividad hacia las personas que allí viven.” Según nota en la gaceta menciona, que el apodo bien logrado hace las veces de una solapa a la agresividad que se ve compensada a través del humor”*.

Este estigma creado sobre el barrio Juan XXIII es derivado de los altos índices de drogadicción y demás flagelos sociales como la delincuencia, la prostitución el narcomenudeo, entre otros; todos ellos origen de la misma pobreza y donde los jóvenes son los más vulnerables a sufrir sus consecuencias. Así tenemos, que en este asentamiento urbano, gran parte de los jóvenes son arrasados por las drogas y consecuentemente son quienes cometen los actos vandálicos en el afán de conseguir unos cuantos pesos para la compra de droga, misma que la adquieren en el mismo barrio, según versiones de los propios habitantes sostienen que allí mismo en el barrio hay personas que se dedican a la venta de estas sustancias toxicas y quienes tienen la responsabilidad de poner el orden también conocen de estos hechos, de ahí que hay una permisividad de parte de la policía para proliferar tales actos.

El uso de drogas constituye parte del contexto de estos chicos, no existen programas preventivos ni de rehabilitación y hay oídos sordos por parte de aquellos que tienen la responsabilidad de salvaguardar la integridad de los ciudadanos y seguridad que deben brindar sin distinción de clase, de tal manera que pareciera ser que estamos frente a una sociedad en que las autoridades eximen los excesos en los jóvenes; tal como en la novela de ciencia ficción un Mundo feliz de Aldous Huxley donde el uso de drogas indiscriminado era la pócima de la felicidad humana, una felicidad vana y absurda; donde los excesos se constituían en una forma de control social, creando un sujeto desmentalizado, con un cerebro perdido de toda esencia humana. Con esto pregunto: si, será que esas predicciones de Huxley tienen cierta validez en la actualidad, pero con la diferencia que la riqueza era parte de aquella sociedad anticipada por Huxley, mientras que ahora los jóvenes viven

-
- Según nota la gaceta con fecha: Enero 27, 2008. ***Un símbolo de la agresividad humana.***
http://www.lagaceta.com.ar/nota/255004/Policiales/simbolo_agresividad_humana.html

sumidos en la pobreza, en la perplejidad de un futuro incierto y ante tales expectativas se sumen en la entelequia que las adicciones les brindan.

Así también, en el barrio Juan XXIII los niveles educativos son deficientes, las familias entrevistadas sostuvieron que han vivido allí la mayor parte de sus vidas y no han tenido expectativas para una mejor educación. Antes del año 1988 en el barrio solo contaban con nivel primaria, de tal manera que era el grado máximo al que aspiraban los habitantes del barrio, pero a partir de ese año empezaron con un curso de enfermería y a partir de 1989 se incorpora el nivel secundario, lo que influye que los jóvenes tengan acceso a un eslabón más en su educación, sin embargo, esto no se ha reflejado en un progreso de su comunidad barrial, tal pareciera que hubo un estancamiento y no han logrado escalar a ese otro eslabón que los llevaría a la formación universitaria.

Según datos recogidos solo un joven del barrio tiene estudios universitarios, pero de ahí, nadie más ha logrado atravesar esa línea que los llevaría a mejor suerte, lo que obstaculiza el progreso y por lo tanto son excluidos del resto de sus pares y no logran integrarse a la ciudad de la que son parte. Esa línea establecida marca la distinción entre unos y los otros. Igualmente el estigma hacia este asentamiento urbano, pareciera simbolizar una fortaleza en donde los espacios públicos del barrio son vetados para quienes están al otro lado de la línea, ellos marcan su territorio y los de afuera están sin derecho alguno sobre lo trazado por ellos.

En la sociedad tucumana hay un imaginario construido que el barrio la bombilla es el de mayor peligro y nadie puede asomarse a él por la inseguridad y violencia que prevalece allí. *Sin embargo según hipótesis planteada durante las jornadas de jóvenes investigadores del área lingüística, sostienen que los medios de comunicación influyen notablemente en la construcción de la imagen que los habitantes tienen acerca de su ciudad. Como caso particular, creemos que La Gaceta comunica una determinada representación del barrio Juan XXIII que precisamente no tiene propósitos muy integradores.** Asimismo las personas entrevistadas dicen que si hay inseguridad a causa de los chicos que son adictos y que la mayoría no tienen una familia que les brinde contención y ante ello se refugian en las drogas, otros jóvenes se drogan por las propias circunstancias del medio y que desafortunadamente también se convierte en un peligro para el resto de los niños que están creciendo dentro del barrio.

* Lupprich Judith, *“El Tuerto Richard”: del anonimato en “La Bombilla” a la popularidad periodística*. Trabajo presentado durante las jornadas de jóvenes investigadores UNT – AUGM, 2008

Vecino entrevistado relata “aunque hay otros barrios que son más peligrosos, porque aquí no matan ni violan como en los otros, pero, solo este es el más señalado, como el más peligroso y que gente de fuera no puede transitarlo, cuando la mayoría de las familia que aquí vivimos, somos familias buenas, solo unas pocas de todo el barrio serían las peligrosas”

En definitiva, los propios medios de comunicación contribuyen a crear una imagen ante la ciudadanía que no alivia el antagonismo de clase ni la tensión social prevaleciente entre los distintos grupos, del tal forma que el miedo imaginado a los barrios fragmenta y desarticula aún más a una sociedad avasallada por una economía de consumo y en donde esa distinción de grupos que percibe a los pobres como inferiores produce un espacio urbano privatizado; así también, las clases sociales siguen el juego a una economía de mercado que diferencia el uso del suelo urbano y utiliza la especulación inmobiliaria lo que favorece a la clase capitalista y por otro lado, el miedo imaginado hacia los pobres inhabilita a los espacios públicos despojándolos de sus atributos.

Así tenemos que el barrio Juan XXIII, según el imaginario creado como un lugar peligroso para transitarlo, por ser el refugio de la delincuencia que infringe y amenaza a la sociedad tucumana, tienen lazos identitario al expresar los entrevistados que la mayoría de las familias habitantes del lugar son personas buenas, de tal forma que se perciben como personas de bien y dispuestas a ayudar a sus vecinos, sobre todo varios de los entrevistados dijeron que les gustaría poder hacer algo por los chicos que se pierden en las drogas; también ayudan en la contención a vecinas madres de estos chicos, que han quedado solas y en el total desamparo.

Otra de las entrevistadas expresa lo siguiente: “aquí viene doña Tota, ella vive enfrente, nos sentamos a platicar aquí afuera, yo la escucho porque no tiene a nadie y todos sus hijos se drogan y eso me admiración por ella por que ha salido adelante”

“Cuando veo a un chico drogado en la vereda le ofrezco de comer, ya que no comen por gastar el dinero en la droga, eso da lastima”

Otro punto importante es el que todos los habitantes del Barrio mantienen una sólida fe religiosa, de tal modo que hay instituciones religiosas que trabajan con los lugareños; así encontramos al comedor Don Bosco, incorporado al movimiento “*Palestra*” palabra de origen griego y que designaba al estadio donde se realizaban los juegos olímpicos, es un movimiento que tiene como objetivo el de formar jóvenes evangélicos y que puedan influir en su mismo medio. El comedor

Don Bosco se ha establecido en el barrio casi desde sus inicios en los años 60s al cierre de los ingenios azucareros, donde muchas familias se vieron en la necesidad de trasladarse del campo a la ciudad capital y así se formaron las villa en Tucumán, de tal manera que desde esos años hay una gran influencia de ese organismo religioso que brinda alimentación a los niños del barrio y actividades educativas que desarrollan por medio de talleres.

Sin embargo, aún con tantos años que tienen esta institución religiosa de brindar alimentación y actividades recreativas para los niños, no han logrado redireccionar el acontecer de este asentamiento urbano y las condiciones ignominiosas cada día se recrudecen más. Lo que significa que las corporaciones religiosas solo actúan al igual que los Estados Nacionales, a nivel de paliativo. Otorgan ayudas sociales que no resuelven los problemas estructurales, pero si se proliferan y agudizan la desigualdad social, por lo tanto, la brecha entre los pocos ricos y los muchos pobres cada día se amplía más, otra razón más de los planes sociales se debe al control que ejercen sobre la ciudadanía, sumiéndola en una dependencia y sin capacidad de discernir acerca de la realidad social en que viven.

Conclusiones

A manera de conclusión se puede decir que el barrio Juan XXIII ampliamente conocido como “La bombilla”, es un asentamiento humano que vive en la marginación y exclusión social, produce lazos asociativos a través de las relaciones dadas entre los vecinos y así también a través de los vínculos establecidos por medio del comedor Don Bosco, pero sin embargo, no son lo suficientemente sólidas como para alcanzar a consolidar un punto de lucha que los lleve a construir un espacio desde el cual sus voces se den a conocer y exijan que sus demandas sean atendidas. Por otro lado, según expresan ellos mismos, existe la voluntad de cooperar para esos cambios que requieren en su dignificación como seres humanos, sin embargo, la voluntad no es suficiente cuando es desprovista de la lucha social, ya que ninguna política estatal ni la caridad de la Iglesia los ayudará a cambiar el sombrío panorama bajo el que viven. Solo ellos mismos como grupos bases, son quienes a través de la organización y participación social, pueden recuperar todo aquello que les ha sido arrebatado, incluso los lazos de solidaridad que constituyen un valor importante para recuperar la confianza entre los seres humanos.

Así también, el escaso nivel educativo es un impedimento que les permita avizorar la cruda realidad en la que viven. Muchos de los pobres marginales se afrentan de su clase social y ocultan o niegan su pobreza, la encubren al sostener que hay personas que tienen menos que ellos; de tal manera, que son muchos factores que intervienen en el imaginario social de las personas que viven en el barrio Juan XXIII, lo es también la resignación a vivir condenados en la mismas condiciones, insignia producto de las instituciones religiosas que no hacen otra cosa que mantenerlos en la ignorancia y utilizan este contexto de pobreza en que viven estos sectores para sembrar su ideología. La iglesia actualmente instauro los comedores en los barrios populares para ganar adeptos que ha venido perdiendo durante las últimas décadas, pero no constituye un ímpetu que los lleve a conocer la cruda realidad prevaleciente y puedan crear una conciencia social donde conozcan el verdadero rostro del enemigo, ese que los ha llevado a la desesperanza y trata de llevarlos al vertedero humano; ese enemigo que permanece invisible y desde la invisibilidad actúa contra las clases pobres y en beneficio de las grandes corporaciones capitalistas.

Finalmente las personas que viven en la villas, tiene sus formas particulares de utilizar sus espacios públicos, la calle es una extensión de sus hogares y no solamente es un lugar de tránsito, sino que simboliza un lugar donde se generan vínculos con sus vecinos con las posibilidades de expresión y romper con su indiferencia hacia la problemática que los identifica como oriundos del lugar. Estas afectaciones colectivas podrían dar paso a tácticas mas adecuadas como lo sería una participación endógena donde los ciudadanos asuman un papel protagónico en la defensa de sus intereses.

Referencias bibliográficas

- Huxley, Aldous. ***Un mundo feliz***, Traducción Ramón Hernández. Barcelona: Editorial Edhasa. 2004
- Zibechi, Raúl. ***Territorios en resistencia. Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas***. Buenos Aires: Editorial Lavaca. 2008.
- Lupprich, Judith. ***El tuerto Richard: del anonimato en la "Bombilla a la popularidad periodística"***. Trabajo presentado durante las jornadas de jóvenes investigadores UNT – AUGM. 2008

Fuentes periodísticas

- La Gaceta. Fecha: Enero 27, 2008.